



EX LIBRIS

EX LIBRIS

# Las viejas

**Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora  
cuentan una historia**



MADRES DE PLAZA DE MAYO  
Línea Fundadora



Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora

Las viejas : Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora  
cuentan una historia . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de  
Buenos Aires : Marea, 2014.

240 p. ; 24x16 cm. - (Historia urgente / Constanza Brunet; 47)

ISBN 978-987-3783-03-6

1. Derechos Humanos. 2. Historia Argentina.  
CDD 323

Entrevistas: Ana Giannoni, Virginia Giannoni y Aída Sarti (madre guía  
de todo el proyecto *Las viejas*)

Investigación: Ana Giannoni

Edición de textos y curaduría de imágenes: Virginia Giannoni

Desgrabaciones: Virginia Salvá

Lectura: Roly Villani

Diseño de tapa: Hugo Pérez

Diseño de interior: El Fantasma de Heredia

Foto de tapa: Carlos Villoldo

© 2014 Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora

Piedras 153 1º "A" – Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

© 2014 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-3783-03-6

Depósito de acuerdo a la Ley 11 723

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra para cualquier  
medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

30.000 detenidos-desaparecidos  
¡presentes!

## INTRODUCCIÓN

La idea de hacer este libro surgió de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora por la necesidad de dejar una versión propia de su historia y contar en primera persona cómo se conocieron, cómo se organizaron, cómo se fueron construyendo.

Muchas, la mayoría de las madres, ya no están con nosotros. Pero cada una de las que participan en este libro dio su testimonio y contó lo que recuerda de estos años junto a sus compañeras. Esos recuerdos no son todos iguales, en muchos casos se contradicen y forman un coro heterogéneo. Este libro es el tejido de todos esos recuerdos, de todas esas historias que junto a las otras forman una más amplia, una de grupo.

No es un libro de historia, no es un ensayo: es el cuento que nos cuentan las viejas, un poco como los abuelos en las historias hacen con los nietos alrededor del fuego, como los sabios del pueblo hacen con los más jóvenes.

Todas las entrevistas se realizaron durante el 2013, la mayoría en la casa de las Madres, en la calle Piedras, y algunas en casas particulares. Realizar las entrevistas generó muchos reencuentros. Muchas madres ya están grandes y les cuesta ir a la plaza, participar de las asambleas, otras simplemente se fueron alejando de la actividad de la Fundación y se dedicaron con mayor intensidad a otras actividades, en otros espacios. Muchas madres que hacía años que no se veían se reencontraron, se abrazaron, compartieron recuerdos, y aportaron su testimonio para armar esta historia.

También quisieron sumar los testimonios de tres hermanas: Cecilia De Vincenti, Adelina Rizzo y María Adela Antokoletz.

Cecilia es hermana de Néstor De Vincenti e hija de Azucena Villaflor y estuvo con Azucena hasta minutos antes de su secuestro. Las madres la convocaron para reconstruir esos últimos momentos.

Adelina es hermana de Carlos Alberto Rizzo Molina e hija de Dolores Molina de Rizzo, quien murió a los 99 años. Adelina continuó la lucha, yendo a la plaza como una madre más.

María Adela es hermana de Daniel Antokoletz e hija de María Adela Gard de Antokoletz, madre fundadora, de la primera hora. María Adela murió en 2002, su hija sigue trabajando junto a las madres.

NOTA DEL EDITOR:

Me propuse encontrar una azucena para empezar a pensar la tapa de este libro, y me sorprendí mirando páginas y páginas de flores que nunca, en ningún caso, están solas: las azucenas se dan en racimos. Es difícil encontrar una que diga ésta soy yo.

Son seres múltiples que hacen espacio para otras todo el tiempo en la misma rama, y de este modo parecen florecer mejor. Crecen estirando sus pétalos para rozarlos con los de otras, sacan provecho en sostenerse mutuamente, en tomarse como referencia.

Capaz de abrirse hasta casi romperse, una azucena es también algo impúdico, algo claramente femenino: no tiene miedo de dejar todo a la vista. Son flores bellas y delicadas. En este andar sin detenerse a pensar que ellas sostienen, hay trampas. Esta es una. Azucena es solamente el nombre de la mamá que dijo vayamos a la plaza.

Virginia Giannoni

Parte 1

# **LECTURA**

# SECUESTROS Y ALLANAMIENTOS

Entre 1973 y 1976, con el accionar de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), comenzó a practicarse el terrorismo de Estado en Argentina, sistematizado a partir del golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976. A través de “grupos de tareas” integrados por policías, civiles y militares se secuestraba y conducía a miles de personas a los centros clandestinos de detención, donde eran torturados y, en la mayoría de los casos, asesinados. La militancia se volvió clandestina y una generación de jóvenes fue diezmada.

“Estábamos cenando Marcelo, Alejandra, mi mamá, yo, y un sobrino mío que había venido de San Juan a rendir las últimas materias para recibirse de abogado. En la mesa los chicos se cargaban, pura risas, todo alegría, como siempre cuando hay gente joven. Y en eso siento el timbre. Entonces me voy hasta la puerta, miro por la mirilla, todo oscuro... digo: ‘No, no es acá’. Y me dicen: ‘¡Fuerzas conjuntas en acción, si no abre la puerta la tiramos abajo!’. Entonces Marcelo y Alejandro, mi sobrino, me dicen: ‘Abra, abra’. Abrí la puerta y entraron hombres armados. Revisaron mi casa, robaron una cantidad de cosas como hacían en esa época, y nos llevaron a Alejandra, a Alejandro, a Marcelo, y a mí”. (Carmen Lapacó)

“El único testigo que hubo de cómo los llevaron fue el encargado, él estaba espionando ahí y vio cómo sacaban a los chicos atados, y que afuera había autos como esperando, una camioneta y gente de uniforme. No sé si antes o después fueron a lo de Emilio Mignone, fue la última casa y Emilio notó que tenían botas: estaban de particular, pero tenían botas militares. Así que se dio cuenta enseguida, dijo que eran marinos. Fue el 14 de mayo de 1976. Chela siempre recordaba, ¡pobre!, que los convidó con café para esperar a que se vistiera Mónica, porque dijeron: ‘Lo único que queremos es llevar a Mónica para hacerle un interrogatorio. Por favor, le dan dinero para que

pueda volver'. Así que todo eso te hacía creer, te engañaba. Yo sigo diciendo que éramos ingenuos". (Marta Vásquez)

"Era el 27 de julio de 1976, al día siguiente mi hija cumplía 28. Como a las dos o tres de la mañana me llama por teléfono el hermano de mi yerno preguntándome por Susana y por José, si se habían ido con la mamá al cine. Yo le dije: 'No estoy enterada', porque ya hacía tres años que ella estaba casada. 'Bueno, no importa, no es nada', me dijo. Como a la hora me llama un médico amigo de ellos de la familia, y me volvió a preguntar si sabía algo de Susana y José, y pensé: 'Acá pasa algo'. (...) Eran siete Falcons que pararon en la puerta, me contó todo la portera. No quería abrir porque estaba asustada, y le dijeron: 'Señora, abra porque si no le tiramos la puerta abajo'. Le revolviaron todo el departamento, le robaron todo lo que les parecía de valor. Eran como la una, una y media de la mañana. Yo pienso que mi hija se habría asombrado porque su suegra hacía poco que estaba viuda y no salía ni a la puerta, y entonces bajó. (...) Las hacían poner mirando contra la pared, y decían que nadie se mueva. No sé si habrá pasado media hora, una hora o cuánto tiempo. Cuando bajó mi hija a abrirla la puerta a mi consuegra, a la señora la volvieron a poner en el coche y subieron varios tipos con mi hija. Le robaron el televisor y varias cosas, y después bajaron con mi hija y mi yerno encapuchados y esposados, y nunca más se supo". (Aurora Morea)

"El allanamiento en mi casa fue el 5 de abril del año 1977, a la madrugada. Siento golpes muy fuertes en la puerta y lo primero que pensé, como mi mamá vivía al lado, fue 'se habrá descompuesto mi mamá'. Porque yo miré el reloj y eran las cinco y cuarto. Cuando bajo, oigo una voz que me dice que si no abro pronto van a tirar la puerta. Yo miro por la mirilla y siempre digo lo mismo: un hombre enorme con un arma enorme. Cuando abro me veo rodeada, y ellos en seguida se dan cuenta de que es una casa de altos y bajos, que los dormitorios están arriba. Suben, en ese momento estaban todos durmiendo, en el costado prenden la luz, que era la habitación de mi hijo y de su mujer, y directamente entran. Ellos tenían una bebé de once meses que estaba en la cuna, y al rato empieza a llorar. Yo empiezo a hablar, a gritar, y me dicen que si no me callo me van a poner una cinta en la boca. Y me permiten ir a buscar a la beba. En ese momento aparece mi marido, que también pregunta qué es lo que estaban haciendo y nos encierran en la pieza de la nena, a mi marido y a mí, y por más gritos que pegaba no me atendían. Entraron más o menos cinco o seis que no estaban vestidos como militares, pero te dabas cuenta de que eran militares por los

borcegués, y en el interín llega mi hermano, que todas las mañanas venía a saludar a mi mamá antes de irse al trabajo. Era tempranito, porque él trabajaba en la Ford. Cuando llega, ni bien entra a mi casa le ponen una capucha y un revólver y lo llevan al cuarto mío. En mi cuarto lo ponen en la cama, lo tapan con las cobijas que encuentran y le dicen que se quede quieto porque si no le van a pegar un tiro. (...) Y a mi hijo lo iban sacando y lo iba oyendo a través de la puerta donde yo estaba, que dice: ‘Esta es la casa de mis padres, yo no tengo armas’. Fue la última vez que escuché su voz. Una cosa que no te dije: cuando ellos entran me dicen que son del Ejército Argentino y que vienen a buscar a un montonero. La operación duró de cinco y cuarto a ocho de la mañana”. (Enriqueta Maroni)

“Yo me di cuenta de que había pasado algo porque Inés no tenía esa conducta de no reportarse, sabiendo que nosotros nos preocupábamos mucho. Yo me di cuenta de que algo había pasado, que estaba impedida de comunicarse. Casi enseguida tomé conciencia de lo que estaba pasando. En ese momento era común que ocurriera, no era una cosa excepcional. Y nos había tocado, había llegado la hora. Ser joven era un riesgo, levantaba sospechas ser joven. No había joven que se sintiera seguro y eso rebelaba más a una persona de poca edad, probablemente crea una situación de indignación, de rebelión. (...) Vos no desaparecés por una conducta. Ese concepto se había establecido, el que desaparecía era porque había cometido algo malo. Entonces no merecía mucha defensa. Claro, era una forma de tranquilizarse: ‘A mí no me va a pasar porque yo estoy quieto, el otro debe haber hecho algo, y por eso le pasó’. (...) Eran una maravilla de chicos que salvaron la vida milagrosamente, muchos escondiéndose acá en el país, otros pudiendo emigrar a tiempo, porque llegó un momento en que el que estaba a la vista era blanco de la represión. Era difícil no entrar en una situación de clandestinidad porque ya, que uno estuviera señalado era una sentencia, no se podía llevar una vida normal, había que esconderse como un delincuente sin serlo”. (Carmen Cobo)

“Y me dejaron un muerto en la vereda, que fue el que les había dicho que yo era Aída y que era modista y que mi hija se llamaba Beatriz. Vino medio muerto cuando lo trajeron y estaba torturado ya, estaba sangrando todo, yo no le sentí balbucear ni una palabra. Nos separaron, no sabíamos lo que estaba pasando con el otro, me rompieron todas las puertas, se llevaron todo cuanto se les dio la gana menos los muebles, dejaron todo tirado. (...) Tengo otra hija, Claudia. Y ella también lo pasó mal con el operativo que hicieron, la desnudaron. (...) Mi marido estaba en el fondo, porque yo tenía

una casa con parque, y en el fondo vivían mis suegros. Y no sé en qué lugar estaba, solamente sé que con una culata le lastimaron la cabeza. No sé cómo me salvé, porque en esas situaciones tan graves donde un tipo te agarra y te dice: ‘Ojo que si no decís la verdad, mirá que esta la tengo acá, ¿ves? Turru tu tu tu’. Después supe que eso era una itaca. (...) Y abajo de un vidrio que yo tenía en una mesa había una cédula de identidad que Betty había perdido; la encontré adentro de un libro y la puse ahí. Y él me dice: ‘¿Ésta es?’. Y le dije: ‘No’. Yo no sé cómo me salió eso, cómo me salió defenderme de esa manera. (...) En ese momento Betty ya no estaba en casa”. (Aída Sarti)

“Yo estaba con mi hija de 16 años, y el tipo me dijo: ‘Díganos dónde es la dirección, nos da la dirección de su otra hija porque si no le llevamos a esta’. ¡Y la de 16 era una criatura! Y yo le dije que no la tenía, que hacía poquito que se había casado mi hija y que no sabía todavía la dirección. De verdad, yo no sabía la dirección de mi hija. La tenía anotada en el negocio. Yo tenía negocio en esa época, y le digo: ‘No, no me acuerdo’. ‘Entonces le llevamos la hija’, me dice. Le tuvimos que dar la dirección. ¿Qué íbamos a hacer? (...) A mí me contó mi consuegra que esa noche María Antonia había estado hasta las doce de la noche estudiando porque tenía que rendir las últimas materias para recibirse. No tuvo la suerte de disfrutar su sacrificio de tantos años. Desde esa noche empecé con la agonia, con la peregrinación y la búsqueda interminable, como todas las madres. (...) Con el marido, juntos los levantaron. Estaba mi consuegra, y dice que la pusieron contra la pared, le dieron una aspirina, la pusieron contra la pared, y le dijeron que no mirara. Y después dijo que no le pegaron, nada. Le dejó vestirse, se vistieron los chicos, y le llevaron. ‘Le vamos a hacer unas preguntas y después le devolvemos’, le dijo a la mamá. Nunca más, nunca más (...). Y tenían muchos regalos de cuando se casaron. Y robaron, se llevaron todo”. (Negrita Vargas)

“Ese día 30 de mayo fue a la casa gente armada, golpearon la puerta, entraron, los tiraron al piso, les pusieron una vincha. Estaba presente la dueña con dos hijitas que tenía y Antonio, mi nieto que tenía dos años y medio, que presenciaron todo. Y a mi hija y a mi yerno se los llevaron, se llevaron todas las cosas de ellos, y cuando los iban a meter en el auto mi yerno gritó: ‘¡Soy Lareu Beláustegui!’, y por eso es que la gente se enteró de que los llevaron de ese lugar, a esa hora, ese día. La mujer se quedó ahí con mi nieto, bien o mal, lo llevó a la comisaría, porque no se podía hacer cargo y además estaba muerta de miedo, y de la comisaría lo pasaron a Bienestar Social”. (Carmen Lareu)

“Vinieron a buscarlo a casa. Vino el Turco Julián, pero en ningún momento me dijo una palabra insultante. Estaba enamorado de mi cartera, me revisaba todo, era un melenuado con escopeta. Cinco menos cuarto de la mañana vinieron. Fueron a la casa de mi hijo y le robaron todo, hasta la cuna de mi nieta. Todo se llevaron. Y yo no les quería decir dónde era la casa de mi consuegro, donde trabajaban ellos, porque tenía farmacia. ‘Decí dónde es la casa de tu consuegro’, decían. No el Turco, él seguía con la cartera, era el otro melenuado. Eran cinco, me robaron todo el kiosco, me pegaron. (...) Cuando se fueron yo llamo a la farmacia y digo: ‘¿Puchi está ahí?’. Atiende Matilde: ‘Sí’, me dice. ‘Llámelo’. ‘¿Qué pasa?’. ‘Puchi, hijo, no sé adónde pero volá, te vinieron a buscar’”. (Gertrudis Fontanella)

“Cuando Marcelo se va a llevar a su novia María Rosa a la casa, Ana se queda sola esperando a Gustavo, y Gustavo no llegaba, no llamaba. Mi casa tenía un jardín adelante, con unas plantas de hojas muy grandes, y ella se sienta enfrente de la ventana y entonces empieza a ver que pasaban unos autos Ford Falcon, desde luego, uno, otro, dando la vuelta a la manzana. Y volvían a pasar. Después las plantas se empezaron a mover, así medio raras, y ella ya intuía que algo iba a pasar. En una de esas tocan el timbre y por una reja que teníamos, que tapaba toda la puerta, ella abre la puerta que está en la galería, en vez de asomarse por la ventana abre así la puerta, cuando abre mira, y detrás de la reja estaba un tipo apuntando con una pistola, y le dijo: ‘Vengo a decirle que Gustavo tuvo un accidente, que está en un hospital’. Era típico eso, de algunos casos, era el año 77. Y entonces como ella hizo un mohín de no abrir, le dijo: ‘Bueno, la casa está toda rodeada, así que ábrame porque sino igual vamos a entrar’, apuntándola con una pistola. Bueno, abrió la puerta, se metieron adentro como diez tipos y empezaron a revisar toda la casa, a ella la esposaron, le empezaron a hacer preguntas, y ellos mismos decían por lo bajo: ‘Sí, coincide, coincide’. Bueno, se dieron cuenta de que lo tenían agarrado a Gustavo. Y bueno, los tipos revisaron, se robaron algunas cosas, joyitas de Ana, esas alhajitas de todos los días, y después revisaron todos los placares y también se robaron algunas cosas que había. No joyas, mi casa no es casa de ricos, pero qué sé yo, una pulserita, un anillito, una medalla que le habían regalado a mi marido, de 25 años de servicio, todas cosas así. Cortaron el teléfono y dijeron: ‘Ahora mejor no llame a nadie, no llame a ningún lado’, y se fueron, sin decir que ya tenían a Gustavo, desde luego”. (Nora Cortiñas)

“Abro la puerta con una bandeja pensando que es el matrimonio que falta, y no me lo voy a olvidar nunca: encapuchados, no sé cuántos eran, el pri-

mero era uno todo grandote, rubio, que me puso un revólver así, buscándolo a Mauricio. Entonces Marcos [su marido] contesta: ‘No está acá’. ‘Sí, le responden, ya sabemos que no está acá’. A todos nosotros, los que estábamos, nos pusieron contra la pared con las manos en alto, la fueron a buscar a mi hija y la sacaron de la cama con sus armas. Veinte años tenía Dina, y tenía frío, y ellos dijeron: ‘¿Dónde hay un deshabillé o algo para ponerle?’. Pero siempre contra la pared y que no se den vuelta, no vayan a mirarnos la cara, el primero que se da vuelta y nos ve la cara... (...). Marcos tuvo que ir al consultorio (era psiquiatra) con ellos, en un auto lo llevaron, porque le dijeron: ‘O nos lleva donde está su hijo o los llevamos también a usted y su hija’. Marcos lo tenía muy claro, sabía que esto podía pasar. Pasaron por una comisaría, para tener camino libre, y del consultorio se lo llevaron a Mauri en otro auto. Una cosa que no podemos entender es por qué lo trajeron de vuelta a Marcos, no lo puede entender nadie... pero lo trajeron a casa. Cuando vienen y lo traen a Marcos, parece que ellos tenían la consigna: entraron al dormitorio, revolvieron, se llevaron algunas cosas, el reloj, que sé yo... y en el consultorio se habían llevado el pasaporte de Mauri”. (Clara Weinstein)

“Como a las dos de la mañana (...) en el garaje estaba un hermano de Dodó, la novia de Horacio [su hijo], y un amigo tocando la guitarra, porque todos ahí tenían música y cantaban. Los encañonaron a ellos y les hicieron abrir la puerta y a los padres los encerraron abajo en el dormitorio y les pusieron un ropero, una cosa bien grande delante de la puerta para que no salgan. Había dos sobrinitas durmiendo en la pieza de Dodó y ella estaba arriba con sus hermano y Horacio. Les dijeron que los buscaban a ellos dos, sabiendo perfectamente a quién buscaban. Los encapucharon a todos pero se los llevaron solamente a ellos dos. Y después de 35 años, hoy hará tres años o cuatro, llamó a casa de Madres un muchacho, ese que estaba tocando la guitarra con el hermano de Dodó. Todos sabíamos que había un amigo siempre pero nunca antes me nombraron quién era”. (Haydée Buela)

“El grupo armado fue el 30 de mayo del 76, el día del cumpleaños de mi hija, y estaban en la vereda. Iba a entrar mi hijo Daniel, el quinto, y le dicen: ‘Pibe, ¿vos sabés dónde vive la familia Bellocchio?’. Y él les dijo: ‘Yo soy Bellocchio’. ‘¿Ah, sí? Bueno, abrí la puerta’, contestaron, y le pusieron un arma en la espalda. Nosotros no cerramos con llave, así que mi marido y yo, que nos habíamos acostado, sentimos pasos, y de repente nos iluminan con un foco así: ‘Levántese señora. Usted se queda acá y usted señora se va a la otra habitación’, nos dijeron. Eran como ocho, de los que yo

ví, ocho o nueve, no los conté. Todos los otros con armas se quedaron en el comedor. Me empieza a preguntar a mí con la puerta cerrada y dice: ‘Bueno señora, queríamos saber dónde está su hija’. ‘No sé’, le dije. ‘No sea mentirosa, usted debe saber muy bien dónde está su hija’. ‘No señor, no sé nada. Lo que me dijo cuando se fue es que se iba a vivir con tres amigas’. Entonces me hace otra pregunta y le digo: ‘Puede revisar lo que quiera’. Mis hijos habían hecho una repisa y mi hija me había dejado bolsas y bolsas de ese diario contrario a los milicos que ya no me acuerdo cuál era. Si me llegaban a decir ‘¿qué hay ahí?’, sonábamos todos. Entonces el tipo dijo: ‘Entrá al dormitorio donde está tu marido’; mi marido estaba ahí, pálido, y el otro con esa cara de canalla aceitunado, flaco pero desagradable, me dice: ‘Bueno señora, cante donde está su hija’. ‘Le digo lo mismo que le dije al señor, no sé dónde está mi hija’. (...) El cara de perro me dice: ‘Bueno señora, yo le voy a decir lo que vamos a hacer. Mañana vamos a ir al Banco Galicia donde trabaja su hija y ahí le vamos a pedir permiso al gerente para llevarla a la seccional para que declare y la volvemos a llevar al trabajo’. Y yo pensé: ‘Este se cree que yo me chupo el dedo’. Y dice: ‘Pero si usted le llega a avisar a su hija venimos acá y los reventamos a todos’. Yo le dije: ‘Hace mucho que no veo a mi hija’, y la había visto al mediodía. Ella me avisaba y nos encontrábamos en algún bar, pizzería, en distintos lugares, hacía una cadena en lo de mis hijos con un amigo que la veía a ella y yo me enteraba por medio de otro que en tal lugar me iba a esperar mi hija. (...) Por lo que supe después, un año y medio estuvo clandestina mi hija antes de ser desaparecida”. (Aurora Bellocchio)

“El 28 de agosto de 1976 se llevan a mi hija Patricia, y a su esposo Tato lo dejan asesinado en la casa. Ellos tenían dos hijos y se los pudieron dejar a los vecinos. Por eso los crié yo. La nena tenía 46 días, y el nene tenía 2 años y 4 meses. (...) A los pocos días me llaman por teléfono y era un policía, Pedro, que se ve que se apiadó y vino y nos encontramos. Él me trajo una lista de los que estaban allá, que mi hija valientemente había logrado sacar. Mi hija fue muy valiente. Y me informa que Patricia estaba en un sótano en Martínez, con varios más. Dice que estaban en muy malas condiciones. Mi hija estaba en camisón, descalza, un compañero le había prestado un par de zapatos y se quedó en medias, y los tenían vomitando porque no comían, tenían un tacho para hacer las necesidades, dormían sobre el cemento. Estaban en las peores condiciones. Y este hombre se ve que se apiadó y vino a pedirme que les mande vitaminas. Les compramos las vitaminas, se las mandamos, y así siguió todo hasta noviembre, tuvimos contacto. En un momento los llevaron a Campo de Mayo, donde les hicieron

juicio, y a mi hija le dijeron que le tocaban ocho años de prisión. Vino Pedro a pedirme que le mande ropa y zapatos, porque dijeron que la iban a trasladar, y entonces ya nunca supe más nada, nunca más. Vivimos con el corazón en la mano”. (Nair Amuedo)

“El secuestro fue en el departamento del sexto piso donde vivía mi hermano, a las seis de la mañana. Llamó el portero, que estaba muy angustiado, llamó a la puerta, tuvieron que abrirle y ahí entraron seis personas muy armadas y revisaron el departamento, que era muy chiquito. Se llevaron algunos libros, no se llevaron más creo, los hicieron vestir a mi cuñada y a mi hermano y se los llevaron en dos coches, había dos coches en el operativo, pero dos cuadras después —cuenta mi cuñada, que por suerte pudo sobrevivir—, que los coches se detuvieron y ellos fueron vendados o encapuchados (...) fueron entrados a la ESMA. Lo notable de esta terrible historia es que de los siete días que mi cuñada estuvo ahí, a partir del 10 de noviembre, el día 13 o 14, es decir, tres o cuatro días después, uno de los verdes que la custodiaba, ella estaba en Capuchita, donde por suerte no fue picaneada, fue golpeada, pateada pero no picaneada, uno de los verdes le dijo: ‘Vení que vas a ver a tu marido’. ‘¿Dónde está mi marido?’, dije. Estaba un piso más abajo, entonces es como para pensar que él estaba en Capucha. Entonces la llevaron al baño y otro de los verdes sacaba a mi hermano del baño. Ella pudo abrazarlo, pudo comprobar lo mal que estaba, estaba torturado, pero él le dijo: ‘No te aflijas tanto, la maquinita no es para tanto’. Intentaba consolarla, estaba hablando de la picana, el que la recibe pide la muerte, pide terminar de alguna forma con eso. Fue la última persona que sepamos que lo vio con vida”. (María Adela Antokoletz, miembro fundadora de Herman@s)

“Vinieron siete militares con las botas y el verde olivo a revisar toda mi casa, eran las doce de la noche. Mi hijo más chico recién llegaba y se estaba acomodando para dormir. Mi hijo estaba escondido, el mayor, porque a él lo buscaban. Y como no encontraron al mayor, lo llevaron al más chico. Fue terrible, con armas largas, revolvieron todo a ver qué encontraban, revolvieron como si fuera la guerra. Igual que la guerra. Mi departamentito era chico, yo alquilaba ahí. Había uno que parecía que era el que mandaba, y mi marido le decía: ‘¿Pero adónde lo llevan a mi hijo? Él es estudiante, tiene 17 años’. El tipo le pidió la cédula y se la llevaron. Justo mi hijo estaba leyendo un libro, *Al pie del cadalso*; ¡justo ese libro!, cuando oye que con la culata de los fusiles por poco no tiran la puerta, después supimos que toda la manzana estaba rodeada de militares, con los camio-

nes. (...) Entonces dice mi hijo: ‘Estos son ellos, papá’. Los tipos golpearon con la culata. (...) ‘¿Cómo te llamás vos?’, le dice el que mandaba. ‘Oscar Alfonso’, le dice. ‘¿Y Rafael Alfonso?’. ‘No está’, le dice mi marido, ‘mi hijo Rafael, no vive acá’. ‘A ver tu documento’, le dice a mi hijo. ‘Oscar Alfonso. Bueno, vení entonces vos con nosotros’. ‘¿Y a él por qué lo llevan?’, le dice mi marido, ‘tiene 17 años, está estudiando’. ‘Para averiguar antecedentes, después lo mandamos de vuelta. Y si no viene vaya usted al Comando de la zona 1 de Palermo. Nosotros venimos por orden de Suárez Mason’”. (María Gastón)

“Ese día que él no me llamó y no estaba en casa, y mi nuera, que iba todos los mediodías a almorzar a la casa de los padres tampoco había ido, nos largamos con la mamá de ella a la casa de ellos a ver qué pasó. Ellos vivían en Paternal, como no teníamos llave tocamos el timbre al portero y él nos dijo: ‘Pasen que les tengo que contar algo’. Así que entramos a la casa y nos contó lo que había pasado a la noche. Nos contó que a las doce de la noche le habían tocado el timbre a él, le preguntaron si era el encargado, si ahí vivía Jorge Marcelo Dyszel, y él dijo que sí. Y ellos dijeron que venían del Departamento de Policía por un tema de drogas, que los acompañe arriba porque tenían que entrar. El portero los llevó para tocar el timbre, preguntaron: ‘¿Quién es?’, él dijo: ‘El portero’, y abrieron. Los tipos se metieron y le dijeron a él que se vaya a su casa, que no salga, y nada más. Y pasaron muchas horas, el portero nos contó que él espiaba todo el tiempo por la mirilla, cualquier ruido, movimiento en el ascensor. Hasta que como a las cuatro o cinco de la mañana bajaron, vio a los chicos que estaban encapuchados y con las manos encadenadas para atrás, se llevaban valijas y se llevaban un perrito también, que ellos tenían. Él iba a cumplir 22 y ella iba a cumplir 21, diez meses de casados. Se conocían desde los 14 o 15 años, siempre fueron novios, trabajaron siempre, estudiaron, se compraron todo para la casa, estaban pintando la cocina”. (Beatriz Lewin)

“Fueron a la Comisión [Atómica] el 15 de julio del 77. Apareció una camioneta camuflada como una camioneta para llevar ropa y bajaron personas vestidas de militares, con trajes verdes que eran como camuflados. Se llevaron mucha gente ese día. Y el mismo día desaparecieron de otros lugares compañeros de Daniel. (...) Dos o tres trabajaban juntos en la Comisión Atómica y otros estaban fuera de la Comisión, y también fueron llevados. (...) Yo nunca supe que militaba, nunca supe. Sabía que era muy contrera de los militares, pero ¿cómo va a estar de acuerdo?, ¿un muchacho con esta inteligencia va a apoyar a los militares?”. (Sara Rus)

“Tantas cosas yo no sabía, no tenía idea de nada. Ale me cuidaba, no me contaba nada de sus actividades. Con sus 20 años lo detienen y lo desaparecen, el 17 de junio de 1975. (...) Hay alrededor de 1500 detenidos desaparecidos y asesinados durante los años 74 y 75. O sea: Isabel Perón, Triple A, López Rega, Luder, Ruckauf, y tantos otros que eran del peronismo facho, la parte facha del peronismo. Ya ellos empezaron a negociar con los genocidas –después del 24 de marzo ya las desapariciones fueron sistemáticas–, y respondiendo a un plan perfectamente organizado”. (Taty Almeida)

## LLAMADOS DESDE LA ESCUELA DE MECÁNICA DE LA ARMADA

“Mi hijo desde el campo de concentración, desde la Escuela de Mecánica, llamó al hospital donde trabajaba mi marido, a la casa del abuelo que lo adoraba, a mi casa. (...) Sí, me llamó quince veces, después descubrimos por [Víctor] Bastera [ex detenido desaparecido] que les permitían hablar... la persona que lo custodiaba. Pero nosotros teníamos miedo de decirle: ‘¿Dónde estás?’, yo no sabía que estaba en la Escuela. Él decía: ‘Mamá, no te preocupes que ya me van a dejar libre’”. (Sara Brodsky)

“Hasta el 80 me llamaba por teléfono, desde la ESMA. Me decía: ‘Mamá, yo un día de estos te voy a ir a ver’, cosa que pasó con unos cuantos muchachos. Un compañero de él, José, fue a la casa. La madre me decía: ‘Vino, y estuvo con...’. Fue José con custodia, lo tuvieron un rato, se lo llevaron. Tres o cuatro veces. Después desapareció y nunca más. Pasaban cosas realmente de locos. Entonces, cuando Pablo empieza a llamar por teléfono dice ‘yo estoy bien mamá, vos quedate tranquila, yo voy a ir’. Y bueno, yo empecé a aflojar. Me llamaba en cualquier hora, y yo estaba sentada al lado del teléfono. Entonces él me dijo: ‘Mirá, te voy a llamar los jueves a la tarde’, o sea para evitar que yo fuera a la plaza. ¿Te das cuenta de que todo estaba pensado? Los militares lo hacían llamar, lo hacían decir eso. Había un momento en que no tenías de qué hablar, porque yo le decía: ‘¿Pero estás bien?’. ‘Sí mamá, estoy bien’. Y yo: ‘¿Estás durmiendo en cama?’, le preguntaba cualquier pregunta, y él decía: ‘Sí’. ‘¿Y tenés sábanas?’. ‘Sí. Pero no me podía contar nada, se ve que estaba con un revólver puesto acá. ‘Vos quedate tranquila, no hagas nada porque todo lo que hagas me va a comprometer, no hagas nada mamá’. Cuando él empezó a

llamar yo ya había hecho todo lo que podía hacer, porque se podía hacer muy poco”. (Ñeca Lepíscopo)

“Y ahora declaré hace pocos meses en el juicio a ESMA: es una prueba porque hubo un llamado telefónico, hacían llamar desde la ESMA. Quince días después del secuestro llamó por teléfono y bueno, habíamos puesto algo en el teléfono para poder grabarlo y tenemos eso, tengo esa grabación. Es muy importante, y es una prueba. Hay gente que recibió hasta veinte llamados. Lo hacían porque pensaban que la gente no se iba a mover. Todo lo contrario fue, pero eso era lo que pasaba”. (Vera Jarach)

# ÍNDICE

- 9 Introducción
- 11 Breves biografías de las madres que brindaron su testimonio
- 19 Nota del editor
  
- 21 **Parte 1 / Dictadura**
  
- 23 **Secuestros y allanamientos**
- 32 Llamados desde la Escuela de Mecánica de La Armada
- 35 Comenzar la búsqueda
- 43 Los *habeas corpus*
- 45 Los organismos de Derechos Humanos y los primeros encuentros
- 50 El Vicariato de la Marina
  
- 53 **Las madres en la plaza**
- 56 Los intentos con funcionarios y autoridades
- 60 Los primeros jueves, las primeras rondas
  
- 75 **“Lo nuestro era la calle”**
- 75 La marcha a Luján. Los pañuelos blancos
- 80 Reunión clandestina en el Parque Pereyra Iraola  
y organización interna
- 85 Petitorio a la Comisión de Asesoramiento Legislativo y detención  
de las madres
- 87 Más detenciones
- 90 La vigilia en la Catedral de La Plata
- 92 Ir a los diarios, las radios, la televisión
- 94 Principios fundacionales que se adoptan a partir de 1977

**95 La solicitada. El secuestro de las madres en la Iglesia de la Santa Cruz**

- 100 El secuestro de Azucena
- 103 Volver a la plaza
- 105 Los cuerpos en el río
- 106 Ser mujeres

**109 Dar a conocer en el exterior lo que estaba pasando**

- 109 El Mundial 78
- 112 Los viajes
- 115 La visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos
- 116 La plaza vedada

**119 La Asociación Civil Madres de Plaza de Mayo**

- 121 El liderazgo de Hebe
- 124 Madres terroristas
- 125 Las mujeres holandesas

**127 Algunas acciones y marchas emblemáticas**

- 127 La primera Marcha de la Resistencia: aparición con vida
- 130 El ayuno en la Iglesia de Quilmes
- 131 La segunda Marcha de la Resistencia: la policía montada
- 132 El Siluetazo (1983)

**135 La guerra de Malvinas. Hacia el final de la dictadura**

- 137 La Ley de Pacificación Nacional
- 138 Los meses de transición a la democracia

**141 Parte 2 / Democracia**

**143 El juicio a las Juntas**

- 145 La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas

**147 Los restos**

- 147 La recuperación de los restos

**155 1986: Elecciones y decisiones en la Asociación de Madres**

- 159 Las leyes del Punto Final y la Obediencia Debida
- 160 Los indultos

**161 Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora**

- 161 Criterios sustentados por Madres de Plaza de Mayo  
Línea Fundadora desde 1986
- 166 Las pancartas

**169 De símbolos y construcciones**

- 169 El resarcimiento económico
- 170 La casa de las madres la compra el pueblo
- 171 Crisis del 2001
- 172 El traspaso de los pañuelos

**175 La última década**

- 178 Espacios / El Parque de la Memoria
- 180 Espacios / El Espacio Memoria y Derechos Humanos,  
la ex Escuela de Mecánica de la Armada (ex-ESMA)
- 184 Espacios / El Proyecto 30
- 185 Otras actividades
- 186 Los juicios hoy
- 188 La lucha continúa

**Anexo / Una historia en imágenes**

- 191 Agradecimientos
- 193 Organizaciones y organismos mencionados en el libro